

Europa como programa

Por CESAR ARMANDO GOMEZ

VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS

El desconocimiento que en Europa existe de las realidades americanas, sería verdaderamente excepcional sin la existencia, del que tantos americanos padecen en cuanto al hecho europeo. La idea, nacida en Europa, que hace de América el continente del futuro, heredero del progreso y la civilización occidental, ha sido tomada con frecuencia al pie de la letra, hasta el punto de convertir en actualidad lo que era sólo una referencia a posibilidades. A posibilidades materiales, pues ellas son las que ocupan la mente migratoria y colonizadora del europeo, cuando atalaya desde los bordes de su vieja balsa. Por eso la expresión *continente del futuro* ha pasado a ser en los últimos años sinónimo de Africa, en un cambio de perspectiva que coincide con el forzado abandono del Continente Negro.

Resulta peligroso aceptar como imágenes de la realidad lo que son puras expresiones retóricas, distinciones convencionales. Muchos americanos creen que al hablar del *Viejo* Continente están describiendo una existente decrepitud. Sin insistir en hechos culturales, siempre debatibles, les convendría detenerse a pensar en lo que representa, por ejemplo, la potencia industrial, en plena expansión, de países como Inglaterra, Francia o Alemania, e incluso de las pequeñas Bélgica o Suiza. El renacimiento tras el largo colapso bélico, después de una destrucción masiva, que en el caso germano alcanzó proporciones apocalípticas, ha venido a mostrar en Europa una vitalidad superior a la de cualquier otro momento de su historia. Porque las herramientas que el Plan Marshall proporcionó hubieran resultado inútiles en manos de unos hombres gastados o incapaces.

La mayoría de los juicios peyorativos sobre aspectos de lo europeo proceden de la propia Europa y esta implacable autocrítica es la mejor prueba de que no ha abandonado su función de adelantada, aunque lo *occidental* incluya hoy a Norteamérica, movida por voces europeas en todos los campos del pensamiento: la economía, con Von Mises y sus dis-

cíbulos o el influjo perdurable de Kevnes, la física, dirigida por la plana mayor de emigrados continentales, a los que Einstein simbolizaba... Y es precisamente esta autocrática la que a veces falta en quienes juzgan ligeramente sobre Europa. Un caso característico es el de la idea democrática. Amparados en la realidad norteamericana y en recuerdos y textos de la Independencia, los iberoamericanos suelen considerar a sus tierras como patria adoptiva de la democracia y a sus habitantes como titulares y defensores de esta tradición libre frente al resto del mundo. Pero, a la hora de las realidades, ¿dónde hallar una perfección democrática comparable a la inglesa, la escandinava o la suiza? Esto por referirnos a lo permanente, pues en lo actual la misma perfección contemplamos en la Alemania de Adenauer, incluso en Francia e Italia, a pesar de las perturbaciones que en ambas ocasionan el exceso de partidos y la fuerza del comunismo, admitido al juego democrático.

Es muy significativo que el dictador europeo se crea siempre obligado a confesar y razonar su oposición a la democracia, alzando frente a ella un sistema más o menos descabellado, pero con pretensiones de validez y permanencia, llámese fascismo, corporativismo o democracia orgánica. En cambio, los dictadores americanos entonan himnos a la democracia y usurpan el poder invocando a la constitución. Por eso Perón, con su "justicialismo", sus milicias de partido y tantos otros datos, es un fenómeno exótico, fruto tardío de los fascismos europeos, como se advierte en su pronta disociación del factor militar, consustancial a las dictaduras americanas, residuos del pronunciamiento y la *cuartelada* ibéricos.

LA PREOCUPACION DE EUROPA

Nos encontramos, pues, en Europa, con una sociedad más *antigua* que *vieja*, más resabiada del mucho vivir que agotada del secular esfuerzo. Y he aquí que este núcleo humano, acuciado por sus problemas y por el afán crítico que ya hemos señalado, comienza en estos años a preguntarse por sí mismo, a inquirir sobre su propio ser, a cuestionar, incluso, si es como tal sociedad. Un fenómeno semejante se ha dado en España a través de los siglos, desde fines del XVI, e incluso antes; y esta duda sobre la propia realidad, esta "preocupación de España", ha dictado los rumbos de su historia y conducido a la existencia de esas "dos Españas", cuya pugna constituye su forma de vivir nacional hasta nuestros días.

En Europa el fenómeno es menos radical. Al volver la vista a la propia realidad, la sociedad europea se reconoce pronto como existente por encima de las contingencias nacionales. Advierte la inequívoca presencia de un grupo humano partícipe de incontables vigencias, al que, no obstante, mantiene dividido la política de *ideales* característica de las nacionalidades. Esta política se caracteriza por proponer a los pueblos un "todo o nada", en el que el todo se compone en gran parte de metas utópicas o fantasmagóricas. Así, presenta a la patria como una especie de divinidad, a cuyo servicio se hallan los hombres que la componen, y confecciona un credo laico de "ideales nacionales", que convierten a todo un pueblo en

antagonista de sus vecinos y cazador de fantasmas, mientras su vida auténtica, la que cada hombre ha de hacerse día a día, espera la ocasión en el limbo del no ser. La *grandeza*, el *imperio*, el *destino histórico*, la *gloria nacional*, apuntan como baterías cargadas de resentimiento, belicismo y xenofobia, al resto de la humanidad. Tarea para los hombres de buena voluntad de todos los países es el denunciar cuánta miseria e injusticia cotidianas esconde la oquedad de esas grandes palabras. Y no se trata ya de etiquetas políticas. El socialismo francés, haciendo tabla rasa de una tradición internacionalista, patrocina hoy el uso de la fuerza en Argelia, y alguno de los santones europeos del partido abjuró de la ONU al no verla aplaudir a los invasores de Egipto.

TRIBUS

La separación entre los pueblos, fruto del estrecho nacionalismo y de los intereses de ciertas castas dominantes que en él hallan su mejor fortaleza, continúa rigiendo la marcha del mundo con caracteres apenas atenuados. Si asociásemos menos los estadios políticos de la sociedad humana con sus progresos materiales, nos daríamos cuenta del escaso camino recorrido desde que las pieles y el hacha de sílex fueron distintivos del *homo sapiens*. El que la horda haya crecido y tenga nuevos ingenios a su disposición, significa sólo que de ocupar un castro defendido por las escarpaduras de una colina ha pasado a parapetarse tras toda una cordillera o un río caudaloso. El enemigo sigue estando al otro lado y la expresión "género humano" supone un mero término científico frente a la todopoderosa y operante de "nación". Alambradas, barreras y uniformes, cuidan de que el hombre de más allá, de allí al lado, no sea todo lo *próximo* que Dios le ha hecho. La teoría de las nacionalidades es una exposición de defectos, un resumen de cuanto ha impedido a los hombres vivir en paz y armonía. Proponerla con criterio de justificación y no de superación, implica un deseo contra natura de perseverar en el error, la lucha y el suicidio colectivo.

El idioma no puede separarnos de otros hombres más de lo que nos separe de un pescador vasco o un aldeano gallego, si somos castellanos. La raza sólo puede oponerse como valladar cuando intereses bastardos las clasifican en inferiores y superiores, en beneficio de éstas, claro está. En cuanto a la religión, el presentarla como elemento disgregador contiene todas las premisas de una herejía.

Hay, eso sí, un producto de la larga y forzada separación entre los hombres, manifiesto en un diferente desarrollo de las formas de vida, de cultura. Pero si a algo tiende realmente la marcha actual de nuestra civilización, es a universalizar modos y modas a través de una gigantesca facilidad de comunicación, de aquella comunicación que para el hombre defendían, como derecho inalienable, nuestros teólogos-juristas de Salamanca. Sus doctrinas, personificadas en la obra del dominico Francisco de Victoria, creador del Derecho Internacional, empiezan a encontrar eco en la política norteamericana. Esperemos que de ellas se excluyan los distingos

sobre la "guerra justa", tan mortíferos en manos de los poderosos. Justicia y guerra son contrarios, que ni la provocación puede conciliar, y quien mueva la palanca de la destrucción, aun con supuestos fines preventivos, mostrará con ello su calaña de delincuente internacional.

Los primitivos grupos humanos, acosados por las dificultades de una existencia demasiado azarosa, se vieron obligados a luchar entre sí por un territorio de caza e incluso por un buen habitáculo. El dominio progresivo de la naturaleza, el cultivo del suelo, los mejores medios de captura, hubiesen hecho innecesarios tales combates. Pero un nuevo motivo de lucha había surgido para entonces. Los aurales patriarcas eran ya reyes, nacían los poderosos de la Tierra y su afán de comarcas y vasallos, sus planes de fidelidad o, simplemente, de ganar "honra y provecho" a costa del vecino, iban a determinar en adelante la historia del mundo.

La tribu, ya muy numerosa, se asienta hoy en vastos territorios, surcados por carreteras y ferrocarriles. Sus guerreros han trocado la lanza y el escudo por el fusil y el tanque y aguardan, como siempre, detrás de la *frontera*, esa línea mágica ante la que todo, mercancías y hombres, se detiene, como lo haría ante los muros de un castillo o la empalizada de un fuerte entre *salvajes*. Y ¿qué hay al otro lado? Exactamente lo mismo. Hombres tan parecidos que sólo un uniforme puede hacerlos distintos. Pero la frontera, la línea, lo es todo, y ellos son de otra tribu.

Es curioso ver cómo los más nobles frutos del hombre, el arte, la ciencia, repugnan las fronteras y languidecen cuando les son impuestas. Dondequiera que se halle un hombre el espíritu reconoce a un hermano. Pero el juego ha durado demasiado tiempo y las naciones se han hecho cuerpos vivos con almas cargadas de pasiones, propicias al egoísmo. En un mundo libre el rico temería la invasión de los famélicos y el que ha acaparado lloraría al tener que compartir su despensa con quienes traen las manos vacías y polvo del desierto en las sandalias. Está, además, el loco orgullo de la especie. No hace muchos años, reunido en torno a una mesa, un grupo de hombres dividió el mapa de España mediante rayitas, en compartimentos, a los que llamaron "provincias". Hoy hallamos a diario personas que juzgan privilegio casi divino el haber nacido en una de tales cuadrículas y no en la de al lado.

DICTADURA Y NACIONALISMO

Esta situación afecta, en mayor o menor grado, a todas las naciones europeas, como a las del resto del mundo, pero halla sus incondicionales mantenedores en los países dictatoriales. La exacerbación del *patriotismo* ha sido una de las grandes armas de las dictaduras con vocación de permanencia. Sus efectos son múltiples. Vuelca la atención del pueblo hacia el exterior, apartándola de las realidades nacionales; desvía sobre supuestos enemigos el odio que nace abundante en tales situaciones de fuerza y permite al dictador convertirse en encarnación de la patria, siempre amenazada, obteniendo así apoyos que de otro modo le serían negados. Aparte su frecuente inclinación a los programas de grandeza territorial, el

totalitarismo es por naturaleza enemigo de la convivencia. La inevitable presencia de exilados en los países limítrofes; el recuerdo de conflictos pasados, con el que se trata de avivar el nacionalismo; la falsa propaganda para presentar al resto del mundo en pleno desastre moral y material, víctima de la democracia; el miedo a la normal comunicación con los pueblos libres, todo contribuye a hacer del país sometido a la dictadura un elemento inasimilable a la hora de lograr la unidad continental. Aun prescindiendo de Rusia, realidad *sui generis*, potencia tan asiática como europea y quizá ni lo uno ni lo otro, Europa se ve amputada de los países totalitarios del Este y de los pocos que en el Oeste no han conseguido liberarse de la carga dictatorial. La ocasión viene en ayuda de ciertos egoísmos, prontos a constituirse en Europas de bolsillo, en consejos de potentados, con exclusión de los *pequeños contribuyentes* continentales. Porque no todos los propugnadores de la unidad europea están limpios de los viejos modos, curados del "santo egoísmo" nacional.

UN PROGRAMA FUNCIONALISTA

Cuando Francia se vió, casi de la noche a la mañana, ante la realidad, increíble para muchos, del abandono del Norte de Africa, y sobre todo, cuando el mundo se opuso a su aventura en Egipto, franceses que nunca habían tomado en serio la idea se pusieron a clamar por la solidaridad europea, que entonces venía a ser tanto como la ayuda de los europeos en la conservación del imperio francés y el mantenimiento de la posición de Francia en el mundo. Por los mismos días en Estrasburgo se lanzaban soflamas europeizantes en defensa de los accionistas de Suez. Este es el europeísmo que no interesa; el que parte de sectores reaccionarios y se postula como organización al servicio de intereses nacionales, es decir, en última instancia, como palanca de los grupos que se benefician de tales *nacionalismos* poderosos.

Pero los mejores hombres de Europa están empeñados en una tarea de muy superior estilo. Frente a los egoísmos, como frente a los idealismos, su trabajo adquiere un tinte fuertemente real. Tan funestos para Europa son quienes la desean a su servicio como los que tratan de hacer de ella un nacionalismo más, con su carga retórica. Los cantores del Sacro Romano Imperio y los gloriosos destinos de Occidente, están tan lejos de trabajar por Europa como los predicadores de cruzadas que sólo sirven a sus intereses del momento. El sistema de vigencias que hace de Europa una sociedad, la homogeneidad cultural de sus pueblos, es una mera posibilidad, inoperante por sí misma. De lo que ahora se trata es de derribar fronteras y esto supone soluciones concretas a realidades concretas. Como vimos para lo nacional, frente a quienes preconizan un sistema de "ideales" europeos, el hacer a Europa se nos presenta como un *programa*, como un trabajo positivo ceñido a las realidades económicas, políticas y sociales de los pueblos europeos y a su relación mutua.

Cuando el pasado año constituíamos en Salamanca la Asociación por la Unidad Funcional de Europa, tratábamos de sumar nuestro esfuerzo en

una dirección del pensamiento, que pusiera el acento en esta necesidad de obrar substantivo, de resolución paulatina de los problemas existentes y de aquellos otros que la interacción europea vaya planteando. Tales problemas son conocidos o pueden serlo, y la vigilancia contra las posibles interferencias retóricas es ya un gran paso en el camino del éxito. La concepción funcionalista ofrece, además, un sistema permanente de coordinación, dentro del cual toda decisión es considerada *en función* de la totalidad europea. Se logra así una unidad dinámica, un mecanismo de acción concertada, que mirando a Europa como un sólo ámbito adopta sus resoluciones en función de la comunidad, del bienestar del mayor número. Sería, pues, en viejos términos, una recta política *nacional* aplicada a escala de la *patria* Europa. Pero la carga *idealista* de estos arcaicos vocablos es precisamente lo que debemos combatir.

El presidente de la U. F. E. y catedrático de Derecho Político de la Universidad salmantina, profesor Tierno Galván, ha resumido los supuestos del funcionalismo en apretadas tesis. Suya es la afirmación: "El criterio funcional permite la creación de estructuras superestatales, que integren conjuntos definidos de funciones, respetando la diferenciación nacional de las comunidades europeas, criterio que es en la situación actual el más viable en relación con una futura unidad europea". En efecto, la existencia de las sociedades nacionales es un hecho y como tal ha de ser reconocido. Pero la identificación de cada uno de estos grupos con un Estado, compartimiento estanco depositario de una soberanía absoluta, es un principio rígido, inconveniente para el mejor desarrollo de las sociedades así aisladas, y perturbador, por cuanto ha cumplido ya su papel histórico y representa una supervivencia anacrónica, un peso muerto contra las nuevas posibilidades de convivencia. A la vez, la salida de esta deficiente situación histórica no reside en la utópica persecución de una inmediata unidad política, sino en el logro de una serie de acuerdos que permitan eliminar los inconvenientes de aquella soberanía incondicionada, haciendo que un mayor número de actividades pasen a organizarse como funciones de Europa y no de cada una de sus regiones. Resulta obvio que el aumento de las funciones comunes, coexistiendo con las propias de cada Estado, conducirá a una estructura federal, a unos "Estados Unidos de Europa", en los que se verán potenciadas las posibilidades de cada uno de sus miembros. Esta integración habrá de hacerse sobre todo en el campo de la economía, pues lo económico, desde el mercado medieval a las grandes concentraciones industriales, es clave de las sociedades y determinante de sus formas de vida. Una absoluta libertad en el comercio internacional del libro producirá efectos superiores a los de todas las campañas de "intercambio cultural". Un aumento de la riqueza, con mayores ingresos individuales y menor jornada de trabajo, supone un mayor número de personas vacando a actividades culturales, artísticas y deportivas. El hecho de que casi todos los éxitos integradores se hayan logrado en esta dirección, con la presencia de la Organización Europea de Cooperación Económica, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la Conferencia de Transportes, el Consejo de Cooperación

Aduanera, la Comisión de Aviación Civil, y sobre todo, el Euratom y el Mercado Común, indica que la ruta más conveniente es también la más expedita.

El mayor obstáculo a este programa europeo se encuentra en los países atrasados y en los sometidos a totalitarismos nacionalistas, radicalmente insolidarios. Ambas circunstancias, tantas veces coincidentes, exigen una previa acción interior, mediante la cual las sociedades que las sufren muestran su enérgico desco de comenzar a superarlas por el propio esfuerzo, alcanzando a la vez la libertad de abrirse a la necesaria colaboración continental.

Las antiguas concepciones e interpretaciones de la idea europea, con su fijación de fines más o menos utópicos, ceden así el paso a una continua resolución de situaciones concretas en un sentido integrador. Este programa de captación de realidades y operación sobre las mismas dibuja ya la figura de una entidad *Europa*, estado federal de enorme población, situado en vanguardia de la técnica y de la cultura. Su aparición, necesariamente conectada con la existencia de una sociedad afin, la norteamericana, puede determinar los caminos del mundo en los próximos lustros.

Madrid, junio 1957.

CARBOMETAL, S. A.

Sucesores de Astoreca, Azqueta y Cía.

CARBONES - METALES

GABARRAJES - TRANSPORTES

Ledesma, núm. 14

BILBAO

Teléfono 10053